

Al Reverendo Padre Gregory GAY
Superior General de la Congregación de la Misión
Y a la Reverenda Madre Evelyne FRANCO,
Superiora General de la Compañía de las Hijas de la Caridad

“*Que el que ama a Dios, ame también a su hermano*” (1Jn 4, 21). Con las estas palabras del Apóstol Juan, yo quisiera unirme con el pensamiento y con la oración a toda la familia vicenciana, en estos momentos cuando celebran en acción de gracias el Trescientos cincuenta aniversario de la muerte de santa Luisa de Marillac y de san Vicente de Paúl. Estas palabras del apóstol fueron ilustradas de una manera luminosa por la existencia de vuestros Fundadores. Esto, porque ellos creyeron en el amor y así ellos se pusieron al servicio de sus hermanos y de sus hermanas. Que esta misma fe sea luz y fuerza en el servicio de los más abandonados y de los más sencillos de nuestras sociedades, generalmente indolentes con su situación.

Colocando este jubileo bajo el signo de “la Caridad y la Misión”, vosotros quisisteis justamente señalar aquello que está en el corazón de la herencia que vosotros habéis recibido. Como lo escribí en mi primera encíclica, las figuras de santos como Vicente de Paúl y Luisa de Marillac “siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad. Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor (*Deus Caritas est*, 40). Así, yo os exhorto a ser audaces en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para que vuestros compromisos en favor de la persona humana sean efectivamente manifestaciones del amor de Dios y no una simple expresión de humanismo o de filantropía.

La intuición de Vicente de Paúl, de hacer colaboradores sacerdotes, personas consagradas y laicos es un bien precioso que la Familia Vicenciana se compromete, a justo título, a desarrollar para un mejor servicio de la misión de la Iglesia. De esta manera, vosotros seréis siempre más eficaces para que el Evangelio sea anunciado a todos y para que todo hombre pueda reencontrar su dignidad de hijo de Dios, dentro un mundo unido y solidario. ¡Que Dios os ayude a permanecer siempre fieles a la herencia que vosotros habéis recibido y a vivirla con fe y generosidad!

Os confío a la intercesión de san Vicente de Paúl, de santa Luisa de Marillac y de todos los santos y bienaventurados de la Familia Vicenciana, os envío con todo el corazón una afectuosa una afectuosa Bendición Apostólica,

Vaticano, 14 de junio 2010

Benedicto XVI, papa